

El arreglo con la vida no es fácil

Paolo Gasparini

[...]

Nacho López no olvidaba añadir, con la cordura que lo caracterizaba, que el principal problema de los fotógrafos sigue siendo el de ganarse la vida, lo que no resulta fácil en este mundo capitalista. La *fotografía crítica* no entra en las galerías y menos en las paredes de los burgueses. Tenemos que luchar para que nos paguen lo justo por nuestros trabajos. Decía que el fotógrafo tiene siempre una gran responsabilidad con el material elaborado; tiene que velar por sus derechos y por el control de sus imágenes hasta donde sea posible. Afirmaba que lo correcto es que los archivos sean comprados por el Estado y que los fotógrafos no tienen porqué donarlos.

En fin, cosas de otros tiempos... Al Nacho de entonces le preocupaban mucho estas cuestiones que ahora parecen casi burocráticas. Pero también nos reíamos mucho, el cielo aún no estaba oscurecido por los nubarrones digitales y seguíamos comentando pasadas aventuras o posibles travesuras. Las de siempre, las de la vida, en fin.

Con su acumulada experiencia y conocida sabiduría me hablaba de sus trabajos y de sus viajes por el vasto México indígena. Al mismo tiempo, me preguntaba por mis recorridos y por mi libro *Para verte mejor, América latina*, que pocos años antes había sido publicado por Siglo XXI de México. Tanto él como yo habíamos “ensayado”, como le gusta decir a John Mraz, en el mismo terreno, enfocando los mismos temas: el ambiente urbano, los contrastes sociales, los pueblos indígenas —Nacho el de la Sierra Madre, yo el de los Países Andinos—. Como teníamos las mismas preocupaciones, hablábamos de lo mismo y comprobábamos la similitud de los problemas: los que siempre acompañan estos paisajes americanos, aquí o allá, que habíamos vivido y fotografiado bajo el mismo cielo de este Tercer Mundo.

Nos unían las ideas, alguna vieja utopía —¡la esperanza nunca muere!— y la confianza en aquel *mundo y hombre nuevo* por venir. Impregnados por un

romanticismo que formaba parte de lo revolucionario. Persuadidos por la retórica de entonces, que nuestras fotografías de denuncia y testimonio formaban parte de un eslabón más del debate cultural, social, político y moral, nos empeñábamos en la búsqueda de una *fotografía necesaria*: ¡ése era el punto! La lección de Henri Cartier-Bresson como testigo estremecido de la historia, nos había marcado profundamente. Pero nosotros pretendíamos ser los protagonistas de esta historia; actuar a conciencia en la construcción de la *ciudad futura*, de la nueva sociedad por venir.

Digamos que con el paso del tiempo, cambia el cristal con que se mira. Difícilmente, hoy en día, algún joven fotógrafo de la era digital pretendería, con sus rectángulos de papel ocho por diez pulgadas, impresos en fibra o resina plástica, cambiar el mundo o transformar las conciencias.

De todas maneras, vaya como vaya este nuevo mundo, no me parece que nuestras ideas de entonces —un poco ingenuas, sin duda, pero que esgrimíamos con temeraria valentía— fueran tan estafalarias y extemporáneas. Eran el producto de los tiempos, de las teorías y praxis puestas en ejecución por los movimientos revolucionarios de entonces: desde *La hora de los hornos* a *Las memorias del subdesarrollo*, pasando por *Los condenados de la tierra* hasta la Revolución cubana y el Che Guevara: *la Revolución en la revolución*. Eran corazonadas sinceras de muchos intelectuales y artistas, incluyendo también algunos comprometidos fotógrafos. Era época de tomar partido, de pronunciarse e identificarse casi inevitablemente con la izquierda, con el discurso antimperialista en el ajetreo revolucionario. Como artistas que éramos, la tarea consistía en abrir cauces, orientando las voluntades en la práctica revolucionaria, y producir *un arte con mensaje* que subrayara las contradicciones y la siempre presente, inevitable, lucha de clases. La fotografía, por ser un arte tan inseparable de la realidad, de lo social y lo político, tenía que reflejar la historia sin esquivarla y al mismo tiempo combatir el capitalismo. Así de simple. Lo afirmaba hasta Carlos Monsiváis. ¡Qué tiempos aquéllos!

Después... después resultó que el hombre nuevo no llegó o no pudo presentarse en la escena de la Historia antes de que terminara el Espectáculo. Hace treinta años, Francis Fukuyama era un muchachito, la URSS indisoluble, Carlos

Salinas todavía no empujaba a los ciudadanos mexicanos al Primer Mundo y Régis Debray estaba en el terreno de transición entre la teoría del foco y la semiótica. Por entonces yo paseaba con Nacho entre la neblina contaminada de la Ciudad de México, nuestras preguntas se cruzaban y nuestro diálogo casi siempre terminaba dándonos mutuamente la razón a partir de los mismos argumentos, de las mismas ilusiones, tal vez en las primeras sombras de desencanto que se asomaban en el cielo fosfórico y a veces tan transparente de México. Para terminar, Nacho, *ciudadano experimentado* y moderno observador de la ciudad, con su gran sabiduría y sentido del humor, remataba la conversación con su consabida y definitiva sentencia: “Hay que procurar comer. El arreglo con la vida no es fácil”. [...]

Fragmento del texto Publicado en *Luna Córnea* 31. Nacho López
México, Centro de la Imagen / Conaculta/Cenart/ RM, 2007.